

Problemas mundiales resueltos

*“Pero nosotros
esperamos, según
sus promesas,
cielos nuevos y
una tierra nueva,
en los cuales mora
la justicia.”*
— 2 Pedro 3:13

LA RAZA HUMANA parece pasar de la agonía de una gran crisis mundial a otra. Las mentes más inteligentes de las potencias no han podido encontrar un terreno común para la solución de sus problemas recíprocos en los asuntos internacionales. Cada uno está enojado con el otro. Cada uno está expresando recriminaciones sobre los motivos y la sinceridad del otro.

Cuando los países son como existen hoy; cuando la difícil situación del mundo está más allá de la capacidad de control del hombre; cuando la sabiduría de los sabios ha perecido; cuando el conocimiento de los hombres prudentes de la tierra es ineficaz; cuando los diplomáticos y estadistas de la Tierra no saben qué hacer; cuando, como hoy, el corazón de los hombres desfallece por el miedo, muchas personas se vuelven instintivamente a Dios para encontrar la respuesta, encontrar el remedio a estas condiciones y aprender a resolver sus problemas.

Todos estamos de acuerdo en que el mundo tiene problemas. La pregunta en la mente de muchos es: ¿será

posible resolver estos desafíos? Están los problemas de carácter político y económico tanto dentro de las naciones como a nivel internacional. Están los levantamientos y los problemas sociales en curso en los diversos sistemas religiosos del mundo. Hoy, también, las normas y los estándares morales de larga data están siendo atacados, ya que muchos los cuestionan como nunca antes en las sociedades de todo el mundo. Estos y otros problemas no se encuentran simplemente en naciones aisladas, sino que afectan a todo el tejido de la civilización.

El egoísmo humano ha sido, durante mucho tiempo, un obstáculo que impide que la raza humana resuelva lo que de otro modo podrían haber sido problemas simples. A pesar del hecho de que hay abundancia de alimentos en ciertas partes de la tierra, la hambruna y el hambre continúan incluso ahora en el siglo XXI, a niveles significativos en algunas partes del mundo. Los alimentos se desperdician o destruyen por razones económicas o políticas, mientras que las personas carecen de la alimentación básica porque viven en países con una economía diferente o con menos recursos.

En el área del comercio internacional, mientras un país necesita lo que otro país tiene, y otro país produce lo que otro necesita, la humanidad ha sido incapaz de organizar un método de intercambio satisfactorio y justo. En la superficie, esto parece ser un problema simple. Sin embargo, citando solo un ejemplo en la historia reciente, cuando un país expresó su deseo de regalar algunos de sus excedentes de alimentos, otras naciones objetaron porque eso dañaría sus mercados. Así vemos que la resolución del tema del comercio justo no es tan simple como parece al principio, en especial cuando tenemos en cuenta la tendencia humana hacia la codicia y el egoísmo.

Asimismo, en el caso de los conflictos mundiales,

la humanidad aún no ha resuelto los problemas de prevención de guerras cada vez más destructivas. Eso es cierto, incluso cuando la mayoría de las personas odia la guerra y el derramamiento de sangre, y desea vivir en paz y seguridad. En la mayoría de los casos, sin embargo, el ansia de fama y poder entre los líderes de las naciones ha vencido a los deseos de los pueblos de vivir en armonía con sus semejantes.

EL TESTIMONIO DE LA BIBLIA

Mientras que la historia nos cuenta las diversas razones y los eventos que rodearon el surgimiento y la caída de las naciones, la Biblia habla del surgimiento y la caída de los mundos. Habla del “mundo que era”, que llegó a su fin en el momento del Diluvio. Nos habla del “presente mundo malo”, o era, que termina con varias fuerzas destructivas. También predice un “mundo venidero” y lo que podemos esperar en este nuevo tiempo del mañana. (Gálatas 1:4; Lucas 18:30). El Apóstol Pedro, en 2 Pedro 3:6, declara: “El mundo de entonces pereció, inundado en agua”. Sabemos que no fue la Tierra literal la que fue destruida por el agua, porque todos todavía vivimos en el mismo planeta que existía antes del Diluvio.

Notemos también las palabras de Juan el Bautista registradas en Lucas 3:16,17: “A decir verdad, yo los bautizo en agua, pero después de mí viene uno que es más poderoso que yo, y de quien no soy digno de desatar la correa de su calzado. Él los bautizará en Espíritu Santo y fuego. Ya tiene el biello en la mano, de modo que limpiará su era; recogerá su trigo en el granero, y quemará la paja en un fuego que nunca se apagará”. Esta es una profecía que se cumplió acerca de Israel. Como profetizó Juan el Bautista, Jesús vino y bautizó con el Espíritu Santo en Pentecostés. También bautizó con fuego, lo que

culminó con la destrucción total de Jerusalén en el año 70 d.C.

A veces, la gente reza por el bautismo de fuego. Qué poco saben por lo que rezan. Los que fueron bautizados por el Espíritu Santo en Pentecostés eran ciertamente israelitas, que reconocían en Jesús a su Mesías y Salvador, pero eran pocos en número. “Él vino a los suyos [el pueblo], y los suyos no lo recibieron. Pero a todos los que lo recibieron, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios”. (Juan 1:11,12). El resto de la nación judía no sabía el tiempo de su visitación —Lucas 19:44

El Maestro, después de su entrada triunfal en la ciudad de Jerusalén, habló proféticamente de toda la nación de Israel, al decir: “¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a los que te son enviados! ¡Hubiera juntado a sus hijos, como la gallina junta a sus polluelos debajo de las alas, y no quisieron! He aquí, su casa queda desierta”. (Mat. 23:37,38). Como nación, Israel fue quemada como tamo en el tiempo de la angustia ardiente que marcó el final de la era judía, un tiempo durante el cual Dios los había separado como su “pueblo especial” de otras naciones y les había otorgado un favor especial. —Deut. 7:6; Am. 3:2

A esa destrucción se refería nuestro Maestro cuando hablaba de su bautismo de fuego. Fue un fuego de destrucción y desolación nacional. Se tomaron varios pasos para impedir la completa desolación de la nación de Israel, pero todos los esfuerzos fracasaron. La profecía tenía que cumplirse. Verdaderamente, su casa había quedado desierta. Así vemos que el bautismo de fuego mencionado, que destruyó y desoló a Israel, es una profecía que ya se cumplió. Por lo tanto, sirve como clave para comprender el fuego de nuestros días. Entonces, no era un fuego literal; no es un fuego literal ahora.

LA TIERRA PERMANECE PARA SIEMPRE

A la mayoría de los cristianos se les ha enseñado a creer que el fin de este “presente mundo malo” vendrá con la quema y la destrucción literal de la tierra. Esta enseñanza no está de acuerdo con la Palabra de Dios. En Eclesiastés 1:4, encontramos una declaración simple: “La tierra permanece para siempre”. Esta clara seguridad bíblica está en armonía con la Palabra de Dios por medio del profeta Isaías, que él creó la tierra “no en vano”, sino que “la formó para que fuera habitada”. —Isa. 45:18

Dios prometió a Abraham: “Alza ahora tus ojos y mira desde el lugar donde estás hacia el norte, el sur, el este y el oeste. Porque toda la tierra que ves, te la daré a ti y a tu descendencia para siempre”. (Gén. 13:14,15). Si la tierra fuera a ser destruida, la promesa de Dios “para siempre” a Abraham acerca de la tierra que él vio no se cumpliría. Sin embargo, sabemos por las Escrituras que Dios no rompe ninguna de sus promesas. —Isa. 55:10,11; Heb. 6:16-18

A algunos les resulta difícil creer que la tierra misma no será destruida, debido a la declaración del apóstol: “Pero los cielos y la tierra que existen ahora, están guardados por la misma palabra, reservados para el fuego en el día del juicio y de la perdición de los hombres impíos. ... Los cielos pasarán con gran estruendo, y los elementos se derretirán con fervor, y la tierra y las obras que en ella hay serán quemadas”. —2 Ped. 3:7,10

Mientras que algunos creen que esta tierra será destruida por fuego, nadie diría que cree que el trono de Dios será destruido. La Biblia dice que el cielo es el trono de Dios. (Isa. 66:1). Sin embargo, Pedro declara específicamente que tanto los cielos como la tierra se disolverán con “calor ferviente”. ¿Qué significa?

Debe haber una explicación más lógica de la pro-

fecía de Pedro que la que nos ha dado el eclesiasticismo. Creemos que este es un relato del actual período de angustia por el cual está pasando este presente mundo malo. Tal como la inundación de agua acabó con el viejo mundo; y como el fuego de los problemas terminó con la vida nacional judía cuando la fortaleza de Masada, cerca de la costa suroeste del Mar Muerto, cayó en el 73 d.C., nuestra civilización actual ha ido recibiendo del mismo modo su bautismo de fuego. El fuego es un símbolo de problemas y destrucción, no de la destrucción literal de la Tierra.

Los cielos representan el mundo religioso actual que está atravesado por la incredulidad, y estos poderes están siendo sacudidos. La tierra simboliza nuestros sistemas sociales, políticos y financieros, y los “elementos” a los que se hace referencia en esta profecía ilustran los diversos factores que constituyen nuestro mundo: los elementos de capital y trabajo, las divisiones entre ricos y pobres en la sociedad, y los componentes burocráticos y económicos del orden actual.

Las obras que serán quemadas son el odio y la guerra, el soborno y la codicia, el egoísmo y la crueldad celosa que se manifiestan en todas partes como las “obras” de este mundo. Ese es el “mundo” que está siendo destruido, y cada uno de nosotros debería alegrarse de ver desaparecer este viejo orden que falla.

El profeta Sofonías declara: “Cercano está el gran día del Señor, cercano está, y muy pronto, la voz del día del Señor; allí clamará el valiente con amargura. Aquel día es día de ira, día de angustia y problema, día de soledad y desolación, día de tinieblas y oscuridad, día de nubarrones y densas tinieblas, día de trompeta y alarma contra las ciudades cercadas y contra las altas torres. Y traeré angustia sobre los hombres, y andarán como ciegos, por cuanto pecaron contra el Señor; y su sangre será der-

ramada como polvo, y su carne, como estiércol. Ni su plata ni su oro podrá librarlos el día de la ira del Señor; más toda la tierra será consumida por el fuego de su celo; porque él, ciertamente, destruirá rápido a todos los que moran en la tierra”. —Sof. 1:14-18

UN RAYO DE LUZ

A medida que vemos el problema en la tierra ganar impulso de manera constante, nos damos cuenta de las posibilidades ominosas que enfrenta el mundo. Sin embargo, como estudiantes de la Palabra de Dios, vemos un rayo de luz en estas oscuras nubes de angustia. El apóstol Pedro, después de hablar de la destrucción de aquellas cosas que no están en armonía con Dios, nos da las palabras de aliento y esperanza que se encuentran en nuestro texto inicial: la promesa de “cielos nuevos y una tierra nueva”, en los cuales mora la justicia. Aquí somos dirigidos por el apóstol a una promesa de Dios que fue dada muchos siglos antes y registrada en Isaías 65:17-25. Pedro creyó en esta promesa, que comienza: “Porque he aquí, yo creo cielos nuevos y una tierra nueva; y lo primero no será recordado, ni vendrá al pensamiento”.

Ahora observemos cuál será la naturaleza de este nuevo orden. “Y edificarán casas, y las habitarán; y plantarán viñas, y comerán el fruto de ellas. No edificarán, y otro habitará; no plantarán, y otro comerá; porque como los días de un árbol son los días de mi pueblo, y mis escogidos disfrutarán mucho de la obra de sus manos. No trabajarán en vano, ni producirán angustia; porque son simiente de los bendecidos por el Señor, y su descendencia con ellos. Y acontecerá que, antes que llamen, yo responderé; y, mientras todavía estén hablando, yo oiré. El lobo y el cordero se alimentarán juntos, y el león comerá paja como el becerro, y polvo será la comida de la

serpiente. No dañarán ni destruirán en ningún lugar de mi santo monte, dice Jehová”. —Vv. 21-25

Así, el profeta miró hacia el corredor del tiempo y vio una nueva tierra, aunque será en este mismo planeta y no se basará en la guerra, el egoísmo y la codicia. Esta es la promesa a la que se refiere Pedro. Es la profecía que había despertado su mente en cuanto a las bendiciones que vendrían a la tierra al momento de establecerse un nuevo orden mundial. Esto es lo que lo llevó a hablar de “cielos nuevos y una tierra nueva”. También podemos anticipar el momento en que la raza humana podrá disfrutar de los frutos de su trabajo en medio de condiciones felices y edénicas, en las que morarán la justicia, la salud y la paz.

Hay muchas profecías en la Palabra de Dios que nos aseguran que, cuando este nuevo orden de justicia se establezca en la tierra, no será algo temporal que existirá solo por unos breves años hasta otro “bautismo” de angustia ardiente. Más bien, como lo declaró el profeta Miqueas: “Caminaremos en nombre del Señor, nuestro Dios, por los siglos de los siglos”. (Miqueas 4:5). Cuando este nuevo orden social se haya establecido, permanecerá de manera eterna.

Una de las profecías más completas acerca de este período de transición actual y la seguridad de que, después de los problemas, se establecerán condiciones de paz y seguridad se encuentra en Sofonías 3:8,9. Esta profecía dice: “Por eso, esperen en mí, dice Jehová, hasta el día en que me levante a la presa; porque mi determinación es reunir las naciones, para reunir los reinos, para derramar sobre ellos mi indignación, y todo mi furor de la ira; porque toda la tierra será consumida por el fuego de mis celos. Devolveré entonces a los pueblos unos labios enteramente puros para que invoquen el nombre del Señor y le

rindan culto todos a una”. Observemos que esta profecía explica el fuego que destruirá el viejo orden. Es el fuego del celo de Dios, el fuego de la angustia, y no un fuego literal, por el hecho de que hay personas que quedarán después de la destrucción del antiguo orden que entonces “invocarán el nombre del Señor”.

“LABIOS ENTERAMENTE PUROS”

Es difícil discernir un lenguaje que se enuncie con “labios puros”, un mensaje religioso puro, en este antiguo orden actual, debido a los diferentes credos y teorías que los hombres han creado para su propia confusión. Hoy hay muchas voces, muchos idiomas, y todos afirman defender el mensaje divino. En este caos de filosofías en conflicto, es realmente difícil discernir la voz de Dios.

Sin embargo, después de que el fuego simbólico de la angustia haya hecho su obra, después de que los cielos eclesiásticos actuales hayan perdido su poder y después de que la tierra actual con sus elementos sociales, políticos y financieros haya sido llevada a una condición de impotencia, la neblina y la niebla de prejuicios y supersticiones serán eliminados de la mente de las personas. Entonces, el mensaje puro de verdad acerca de las glorias del reino venidero de nuestro Señor y Salvador Jesucristo resplandecerá como un lenguaje puro para hablar de las longitudes y las anchuras, las alturas y las profundidades del amor de Dios. Según esta profecía, el resultado será que todas las personas invocarán el nombre del Señor y lo servirán con “un consentimiento”.

Sin embargo, mientras hablamos de este nuevo día y las bendiciones que contendrá, y cuando estemos seguros de que el reinado de Cristo resolverá los problemas de la tierra, se presentarán muchas preguntas. “¿Por

qué no se ha establecido esta condición hace tiempo, dado que han pasado casi 2000 años en la historia desde que Jesús terminó su ministerio terrenal?”. “¿Por qué hemos tenido que esperar tanto tiempo en la enfermedad y la muerte?”. “¿Qué ha estado haciendo Dios con respecto a este reino glorioso desde el tiempo del Calvario hasta el presente?”.

UN TRABAJO PROVISIONAL

Hay muchas escrituras que nos aseguran que Dios no ha estado inactivo durante este largo interludio. Más bien, comenzando en Pentecostés y continuando hasta el tiempo presente, el propósito de Dios ha sido elegir a la “novia” de Cristo. (Ap. 19:7; 21:2). En conjunto, no será más que un “rebaño pequeño” en comparación con los miles de millones de hijos de Adán, pero ha sido, como lo describió Jesús, “la sal de la tierra”. —Luc. 12:32; Mat. 5:13

Estos son los que han escuchado la invitación del Maestro, cuando declaró: “Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame”. (Mat. 16:24). Este grupo de cristianos leales y fieles se ha esforzado por seguir los pasos del Maestro con la seguridad de que, como hijos de Dios, vivirán y reinarán con Cristo. El apóstol Pablo habla de ellos en Romanos 8:17, cuando dice: “Si hijos, entonces herederos; herederos de Dios y coherederos con Cristo; si es que sufrimos con él, para que también seamos glorificados juntos”.

Estos son aquellos de quienes se dice que transitan el camino recto y angosto que conduce a la vida. (Mat. 7:14). A estos se aplica la promesa que alentó a los fieles a lo largo de los siglos pasados, cuando Cristo, por medio de Juan el Revelador, declaró: “Sé fiel hasta la muerte, y yo te daré la corona de la vida”. —Ap. 2:10

Este “rebaño pequeño” va a “reinar con Cristo mil años” y ayudará en el establecimiento del nuevo mundo, en el que morará la justicia. (Ap. 20:6). Los problemas del mundo de hoy se resolverán mediante la aplicación de los principios sobre los cuales se edificará el reino de Cristo. En ese reino, nadie hará daño ni ofenderá, ya que “del aumento de su gobierno y de la paz no habrá fin, sobre el trono de David y sobre su reino, para ordenarlo y establecerlo con juicio y con justicia desde ahora y para siempre”. “Porque un niño nos es nacido, un hijo nos es dado”; se convierte en el “Príncipe de la Paz”, porque establecerá la paz.—Isa. 9:6,7

UN MUNDO JUSTO

Así, la justicia será por fin la herencia del hombre en un nuevo orden mundial bajo el gobierno de Jesucristo y su fiel “rebaño pequeño”. El primer mundo terminó con la destrucción de todos aquellos que no estaban en armonía con Dios, pero Noé y su casa fueron protegidos y salvados. El segundo mundo está terminando con la destrucción de esos elementos de odio, codicia y guerra que están tan fuera de armonía con Dios y los principios de Jesucristo. Su iglesia, por la divina providencia, también se salva y, siendo exaltada, reinará con él.

El tercer mundo verá usar el derecho como plomada y la “justicia como nivel”. Verá el poder de la verdad “barrer el refugio de las mentiras” sobre el cual se ha construido el viejo orden. (Isa. 28:17). La raza humana, habiendo aprendido bien la lección eterna del pecado a través de las experiencias de más de seis mil años de historia, se regocijará en la oportunidad de obedecer de manera voluntaria la nueva regla de justicia.

Entonces, se cumplirá la profecía de Apocalipsis

21:1-5: “Y vi cielos nuevos y una tierra nueva: porque el primer cielo y la primera tierra pasaron; ... y yo, Juan, vi la ciudad santa, la nueva Jerusalén, que descendía del cielo, de Dios, dispuesta como una novia ataviada para su marido. Y oí una gran voz del cielo que decía: He aquí que el tabernáculo de Dios está con los hombres, y él habitará con ellos, y ellos serán su pueblo, y Dios mismo estará con ellos y será su Dios. Y Dios sacará las lágrimas de sus ojos y ya no habrá más muerte, ni llanto, ni clamor, ni dolor, porque las primeras cosas pasaron. Y el que estaba sentado en el trono dijo: He aquí que yo hago todas las cosas nuevas. Y me dijo: Escribe, porque estas palabras son verdaderas y leales”.

Por lo tanto, nuestro mensaje para ustedes al comienzo de otro año es que los problemas del mundo se resolverán mediante el establecimiento del reino de Dios, bajo el gobierno justo de Cristo y su “novia”. Habrá “cielos nuevos y una tierra nueva”, un nuevo orden mundial en el que habitará la justicia. De hecho, eso es lo que anhelamos cuando decimos esa oración tan repetida: “Venga a nosotros tu reino. Hágase tu voluntad en la tierra, como en el cielo”. —Mat. 6:10 ■